Pensamiento Herder · Fundada por Manuel Cruz
Dirigida por Miquel Seguró Mendlewicz

Antonio Gómez Villar

Un ecologismo del 99%

Herder

Diseño de la cubierta: Herder

© 2026, Antonio Gómez Villar
© 2026, Herder Editorial, S.L., Barcelona

ISBN: 978-84-254-5364-9

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Imprenta:
Depósito legal: B-xxxx-2026

Impreso en España – Printed in Spain

Herder
www.herdereditorial.com

Índice

1. Érase una vez el Antropoceno 7
La narrativa totalizadora del Antropoceno 7
La humanidad: una figuración políticamente inoperante 18
La forma histórica y social de nuestra crisis climática ... 22

2. La naturaleza en disputa 27
Una inquietante fantasía: existe la naturaleza prístina ... 27
La ética eco-protestante y el espíritu del ecologismo ... 31
Convertir a la naturaleza en un sujeto 37
La naturaleza es un campo de batalla 44
Una concepción no dicotómica de la relación naturaleza/cultura 47

3. Contra la superioridad moral ecologista 55
Tremendismo moral y soberbia epistémica 55
La interpelación moral prefigura una respuesta liberal 67
Consumo ecológico para renovar el mandato de clase media 71

4. Impotencias políticas ecologistas 81
¡Tenemos que volver a la base! 81
Demasiado entusiasmo micropolítico puede ser un límite 87
La esencialización de las formas eco-lumpen 93
El Mesías solo puede llegar en bicicleta 101

5. Respuestas reaccionarias a la crisis ecológica 113
Negacionistas… ¡Porque creen en los hechos! 113
Formas de gobernanza excepcionales 117
La crisis ecológica es una crisis existencial 123
La «ecología nacional» de las nuevas extremas derechas 131

6. Entre la *clase climática* y el *sujeto climático* 143
Una mirada materialista sobre el surgimiento de la economía fósil 143
Injusticias y desigualdades sistémicas 149
El ecologismo popular de los chalecos amarillos 158
La «clase ecológica» de Bruno Latour *aún* no existe 166
«Clase y ecología»: un formalismo abstracto e ineficaz 170

7. Para un ecologismo plebeyo 185
Hacia una topografía subjetiva antagonista 185
Contra el 1%: la internacional reaccionaria fósil 191
Lo verde: una iluminación general sobre las tonalidades del campo popular 198
Lucha hegemónica y bloque histórico ecologista 205

Bibliografía 221

1. Érase una vez el Antropoceno

La narrativa totalizadora del Antropoceno

En las últimas décadas ha aumentado la contaminación del aire, la emisión de gases de efecto invernadero acumulados en la atmósfera y la destrucción de la capa de ozono; es un hecho la progresiva esterilización, desertización y destrucción de suelos cultivables, el agotamiento de territorios, la deforestación causada por los monocultivos industriales y la caída de cosechas; se ha roto el equilibrio técnico que nos proporcionan los océanos, asistimos a cambios en los flujos de los glaciares árticos, los casquetes glaciares se derriten, reptan los *icebergs,* se ralentizan las corrientes oceánicas que posibilitan la vida marina, aparecen huracanes violentos en las cuencas oceánicas, desaparecen los bancos de hielo, se acidifican los océanos, perdemos fuentes y reservas de agua dulce, ascienden las aguas; las islas y archipiélagos corren el riesgo de desaparecer bajo el mar y se modifican las líneas de costa; cada vez más se contaminan los acuíferos y esquilmamos la riqueza mineral de la corteza terrestre; se ha reducido la biodiversidad, se amarillea la vegetación tropical, aumenta el número de especies amenazadas y se acelera la extinción de muchas de ellas; es evidente que han aumentado los fenómenos meteorológicos extremos; y se ha

demostrado la existencia de ciclos biogeoquímicos alterados y los saltos de zoonóticos de patógenos entre especies.

La evidencia científica demuestra que nuestro planeta se está calentando, hemos tocado y superado los límites ecológicos y biofísicos del planeta, traspasado el punto de equilibrio planetario, quebrado los límites de nuestro techo ecológico y sobrepasado la capacidad de la tierra y los océanos para absorber los gases de efecto invernadero. La continua extracción de recursos naturales y la emisión de gases están provocando cambios radicales y la situación es difícil en el medio y largo plazo. La transformación de nuestro régimen material tiene un componente fuertemente amenazante: está en riesgo la viabilidad de nuestras sociedades, las condiciones de reproducción de la vida y la base misma de nuestra supervivencia.

El Informe de 2021 del prestigioso Grupo Intergubernamental de Expertos sobre el Cambio Climático de la ONU (IPCC) exige limitar el calentamiento entre 1,5°C y 2°C entre 2030 y 2050. Para lograr tal objetivo el Informe sostiene que es necesario reducir las emisiones fósiles un 10% anual. La quema de combustibles fósiles ocupa hoy un lugar central en la emisión de dióxido de carbono. Pero no es el único elemento que interviene: el metano, el dióxido de nitrógeno o el azufre también emiten gases de efecto invernadero. Los diferentes informes del IPCC muestran que el calentamiento global se ha acelerado y que los márgenes de acción para revertir esta crítica situación son cada vez menores. En sus análisis se nos muestra que los escenarios futuros a los que nos enfrentamos son crecientemente caóticos.

Uno de los paradigmas científicos emergentes, incorporado en muchos análisis sobre la crisis ecológica, sostiene que vivimos en una nueva era ecológica, el Antropoceno. El

concepto lo formularon por primera vez el climatólogo Paul J. Crutzen y el ecólogo marino Eugene F. Stoermer.[1] Según esta perspectiva, nos encontramos en un nuevo intervalo de tiempo geológico en el que los humanos tenemos un papel decisivo en la transformación del planeta. Nos hemos convertido en un factor geológico decisivo en la creación de modificaciones y transformaciones biofísicas irreversibles para la Tierra. Para estos científicos los impactos son demasiado significativos como para seguir sosteniendo que vivimos en la era geológica anterior, el Holoceno. En este tránsito, del Holoceno al Antropoceno, el ser humano se ha convertido en el agente que modela la corteza terrestre y altera los procesos de la biosfera. La actividad humana sobre el planeta ha generado cambios ambientales cuya máxima expresión es el calentamiento global.

El concepto «Antropoceno» (del griego *anthropos* [ser humano] y *kairós* [nuevo]) hace referencia específicamente a la dimensión geológica de estas transformaciones: la superficie terrestre está marcada por la actividad humana, es un cambio geológico con reflejo estratigráfico. Los cambios profundos de las «tendencias naturales» pueden observarse en los registros geológicos de épocas anteriores. Los seres humanos hemos transformado la configuración y el funcionamiento de la Tierra como sistema de manera tan generalizada y pronunciada que tiene consecuencias en el registro geológico.

Las narrativas del Antropoceno sitúan el punto de arranque de la nueva era geológica en el nacimiento del industrialismo a mediados del siglo XIX. A partir de entonces las transformaciones acaecidas afectaron a los estratos geológi-

1 P.J. Crutzen y E.F. Stoermer, «The Anthropocene», *Global Change Newsletter* 41, 2000, pp. 17-18.

cos. Dos importantes datos dan cuenta de esta decisiva transformación: la temperatura media de la Tierra es hoy 0,8º C mayor que la media preindustrial; y el aumento de CO_2 en la atmósfera ha aumentado de 250 partes por millón antes de la Revolución industrial a 400 partes por millón en la actualidad. En un período muy corto los humanos hemos llenado la atmósfera de un exceso de CO_2.

Aun cuando el epicentro del nacimiento de esta nueva era geológica, el Antropoceno, suele situarse en los albores de la Revolución industrial, 1950 es una fecha que comporta un punto de bifurcación decisivo: el aumento exponencial de todos los impactos medioambientales. Paul J. Crutzen y el químico Will Steffen[2] acuñaron el concepto «Gran aceleración» para dar cuenta de las transformaciones acaecidas en la segunda mitad del siglo pasado: expansión económica, comercial y demográfica a través del aumento de la población, el incremento del PIB mundial y, por supuesto, de un mayor consumo de energía. A partir de 1950 tiene lugar un crecimiento económico sin precedentes que implica un aumento de la población urbana, el incremento del consumo de fertilizantes (creció hasta un 160%), nuevos usos del agua, la expansión del transporte privado (los vehículos utilizados superaron los 200 millones), la deforestación, la degradación del suelo y la emisión de gases de efecto invernadero. La «Gran aceleración» hace referencia, pues, a la *aceleración* de los procesos de producción posteriores a la Segunda Guerra Mundial, el origen más inmediato de la actual desestabilización de los sistemas

2 Cf. el informe *Global change and the Earth System: A Planet Under Pressure*, publicado en 2004 por el Programa Internacional sobre la Geosfera y la Biosfera (IFBP).

de la Tierra y el clima. Creo que la hipótesis de la «Gran aceleración» puede tener potencia política si entiende los cambios sociales y económicos de manera compleja, entrelazados y atendiendo a causas múltiples.

Desde el punto de vista de los indicadores de desgaste y deterioro ambiental, si 1950 es el arranque de la *aceleración*, 1980 es también una fecha importante, pues constituye la primera vez en la historia en que la actividad humana supera la carga del planeta, la primera vez que nuestro modo de vida superó nuestras posibilidades biosféricas. De hecho, desde 1980 hasta hoy hemos emitido la mitad de todas las emisiones de CO_2 que se han emitido a lo largo de la historia.[3] Otras perspectivas han apuntado a otra fecha, 1964, el año que se registró la máxima incidencia de lluvia radioactiva.

El interés de la narrativa del Antropoceno, convertido en concepto rector en muchos estudios sobre la crisis ecológica, reside en la manera en que logra enmarcar un conjunto de fenómenos a partir de un antes y un después, una transformación profunda, un momento de ruptura geológica, que da cuenta del poder de los seres humanos de modificar el clima. El planeta se ha visto afectado por la actividad humana a través del impacto en la biosfera y la alteración de sistemas. Los seres humanos somos una fuerza en la naturaleza con capacidad para destruirla; poseemos la misma capacidad de realizar transformaciones en el planeta que otras fuerzas naturales.

Ahora bien, ¿cuándo desarrolló el ser humano su capacidad transformadora del planeta? ¿Dónde situamos el origen del Antropoceno? ¿En el surgimiento de los procesos

3 P. Griffin, *The Carbon Majors Database: CDP Carbon Majors Report*, Londres, Carbon Disclosure Project, 2017.

de industrialización en el siglo XIX, en la «Gran aceleración» a mediados del siglo XX o nos retrotraemos hasta el *Homo sapiens* mismo? Creo que estas preguntas son pertinentes, porque entre los defensores de la hipótesis del Antropoceno existen dos grandes corrientes: de un lado, como ya hemos visto, quienes sostienen que el Antropoceno tiene su origen en la Revolución industrial y la posterior *aceleración* a mediados del siglo XX; de otro, quienes defienden que el Antropoceno comenzó en el preciso momento en que el ser humano comenzó a usar el fuego.

Se puede diferenciar, pues, entre quienes definen el Antropoceno a partir de las acciones realizadas por los seres humanos en una coyuntura histórica dada (perspectiva histórica) y entre quienes sitúan las fuertes transformaciones del planeta en una serie de capacidades humanas inherentes (perspectiva naturalista). Sin embargo, y aun cuando esta distinción analítica es pertinente, considero que ambas posiciones están fuertemente entrelazadas. Para la primera perspectiva, tanto la Revolución industrial como la «Gran aceleración» constituyen puntos de inflexión, es decir, «no son más que los capítulos finales y más impactantes de una larga, enmarañada y evolutiva historia de transformación del medio ambiente de la Tierra por parte del ser humano; una historia que aún continua».[4] Y es que la tesis del Antropoceno exige, como necesidad lógica, ser deducida de la propia naturaleza humana. Si, por el contrario, solo fuese una dinámica contingente y accidental, es decir, histórica, la narración del *anthropos* no se sostendría. De ahí que muchas perspectivas sitúen como origen fundacional del Antropoceno la manipulación del fuego por parte del ser humano, estableciendo así un hilo

4 E.C. Ellis, *El Antropoceno: una breve introducción,* Madrid, Alianza, 2022.